



LA

Alforja.

PERIODICO

EVENTUAL

DE

Ayacucho.

TOMO I.

IMPRENTA DE DOS AMIGOS.



LA ALFORJA.



PERIODICO EVENTUAL.

NUM. 1.

AYACUCHO SABADO 9 DE SETIEMBRE DE 1848.

PARTÉ 1.

DIALOGO

ENTRE MISOSOFO Y AGAPENOR.

Misos. ¿Con que está U. decidido á publicar un periódico?

Agap. Si señor.

Misos. Vaya: no creyera yo que emplease U. tan mal su tiempo.

Agap. ¿Pues qué! ¿no gustan á U. los periódicos?

Misos. No señor, ó muy poco, porque algunos que he visto me parecen inútiles; y he oido decir que para que un periódico sea bueno, debe poseer su autor un gran fondo de erudicion, vastos conocimientos, un estilo terso, no grosero ni mal construido; debe ponerse en correspondencia con los literatos y periodistas de otros países; es necesario que se conforme con el caracter del suyo para no chocar con sus costumbres indiferentes; necesita actuarse de sus exigencias para reclamarlas de quien convenga; y en una palabra para que el periódico sea tolerable, es preciso que interese á todos, de suerte, que los viejos austéros hallen ó lean en él, rasgos sérios y edificativos; los políticos, principios luminosos, reglas justas; los elegantes y vivarachos, donayres y chuffetas; las personas de gusto, sátiras finas y delicadas; y los atrabiliarios censuras mordaces y picantes.

Agap. Todo eso es cierto.

Misos. Sin embargo de ello, ¿se atreve U?

Agap. Me atrevo, si señor; pues aunque no tengo las calidades que U. enumera y que en verdad son precisas á un periodista, cuento en desquite con los auxilios de los literatos de esta capital y de los curiosos que se dignen franquearme sus producciones propias ó ajenas: cuento además con mi sensible patriotismo y con la energía de mi voluntad: creo en fin que para cualquiera empresa que tiende al bien público, vale mas el corazon que la cabeza. No será muy complicado el objeto de mi periódico, y yo haré lo que pueda, porque estoy persuadido de que las diferentes condiciones de los hombres no deben ser mas que los diferentes medios de servir á sus semejantes.

Misos. En hora buena: ¿y qué título tendrá el periódico de U.

Agap. La Alforja.

Misos. Ja, ja, ja, ja, ja, ja... la alforja!

Agap. ¿De qué se rie U.?

Misos. ¿No me he de reir de tan estrafalario título?... ¡la alforja! ¿Porque no pone U. otro alisonante y bonito que sea un brindis ó añagaza para que acudan los suscritores como moscas?

Agap. No quiero engañar al público con títulos pomposos y falaces que no correspondan á la obra. Si U. fuera aficionado á la lectura, hallaria en Menqueno muchos títulos magníficos y sesquipedales de libros, cuyos asuntos son distintos y están distantes: un libro salió á luz con el título *jus publicum*, y su contenido era una disertacion médica sobre el dolor de cabeza. Yo no me valdré de esta treta.

Misos. Segun eso, U. se propone proporcionar el título de su periódico á los asuntos que en él se traten; y no sé cuales puedan tener enlace con la alforja.

Agap. ¿U. la lleva cuando vá á su chacra ó quinta?

Misos. Como no? y sus bolsas las llevo bien henchidas.

Agap. ¿De qué cosas?

Misos. De panes, biscochos, chocolate, una botita de vino: acompañan á estos viveres, por via de apéndice, algunos medicamentos para mi mujer que siempre está achacosa; item algun fi-bracho por si acaso y juguetes para mis chicos.

Agap. Pues bien: mi alforja llevará pan, medicinas, libro y juguetes.

Misos. O se chancea U. ó no le entiendo.

Agap. Voy á esplicarme. Pienso hacer la alforja á los pobres; ya sabe U. que esta frase significa proporcionar lo preciso al que está de viaje....

Misos. Poco á poco: U. que segun veo se halla escaso de fortuna, ¿como se atreve á tanto? Tal vez ha descubierta U. la piedra filosofal, ó alguna huaca, pues quiere hacer la alforja á los pobres en un país lleno de ellos.

Agap. Pienso hacerla á costa ajena, y no hay mas piedra filosofal que un corazon sensible.

Misos. Aún no comprendo.

Agap. Escúcheme U. Es una verdad incontestable este principio que inculca Mr. Sué: "nadie tiene derecho á lo superfluo, mien-

tras no tengan todos lo necesario." Ahora bien: Yo no haré mas que mover la conmiseracion de nuestros compatriotas para que cercenen ese superfluo á favor de los verdaderos pobres; para que á estos prefieran con ese pan que sobra quizá y se enrancia; y para que cubran su desnudez con ese vestido viejo que yace jubilado en algun rincón para pasto de polillas. Existe en el corazón del hombre cierta cuerda correspondiente á la piedad, y no hay mas que hacerla vibrar para que dé ese dulce sonido que es el alivio de los indijentes. Al efecto pienso insertar en cada número un ejemplo, ó sea folletín, que aluda á la humanidad: para que el precepto produzca un buen resultado, necesita apoyarse en el ejemplo; por los sentidos se persuade al corazón humano; este es las mas veces el esclavo de la imitacion: ¿se quiere conmoverle? la imagen, la imagen: he aquí lo que lo arrastra, lo determina, lo obliga.

Misos. Convengo en parte; pero ¿qué quiere decir que la alforja contendrá algunos medicamentos?

Agap. Estos no serán el pan quimagogo, ni el calomelano, ni los polvos tribus, ni jarabes; sino resetas para la curacion moral: es decir algunas sátiras honestas que purguen los vicios y abusos sin ofender á nadie. Así que—

De mi alforja juguetera
Solo será el ejercicio,
Siempre burlarse del vicio,
Nunca nombrar la persona.

Misos. Y en cuanto á libros ¿cómo se corre U?

Agap. Como no ha de ser de propio marte todo lo que contenga el periódico, ni conviene que este sea monótono, valdréme de los libros antiguos ó modernos y plajiaré, ya traduciendo ya extractando los rasgos que me parezcan útiles ó agradables.

Misos. Ahora falta que salve U. la dificultad en orden á los juguetes.

Agap. Estos se reducirán á algunas piezillas en prosa ó verso por via de eutropéla y descanso para que lo serio se interpole con el chiste y no fatigue.

Misos. Sobre todo, ¿qué es lo que mueve á U. para encargarse de un periódico?

Agap. Contesto con esta frase: "sacar los pies de las alforjas," ó "romper el silencio que se guardaba por consideraciones ó por miedo" *¿Semper ego auditor tantum? Nunquam ne reponam?* He de ser siempre victima ó espectador que oye, ve y calla? Tenga tambien Ayacucho algun periódico y diga "esta boca es mia."

Misos. Temo que U. se comprometa ó malquiste con el gobierno, majistrados ó personas de alto rango, insertando algunos remitidos subversivos ó al menos insultantes.

Agap. No se inquiete U. de eso. Aunque la alforja estará dispuesta á recibir cuanto quieran poner en ella, cerraráse herméticamente á todo folleto indecoroso ó infamatorio. Si entráran en ella sales venenosas ó corrosivas, dañarían los otros cachivaches.

Misos. ¡Bravo, bravo! Siendo así, apruebo la idea del periódico.

Agap. Pero es necesario que se suscriba U. á él.

Misos. Y ¿qué cuenta me tiene el suscribirme?

Agap. Por este medio ahorrará U. una tercera ó cuarta parte de su precio; colocándose su

nombre en la lista de los suscritores, harásese mas conocido; y lo que es mas apreciable, suscribirse á semejantes papeles, arguye buen gusto y patriotismo.

Misos. Pues bien: me suscribo para que no se me note de avaro, y me voy, dando tiempo á U. para que componga el prospecto.

Agap. ¡Qué prospecto ni qué alforja! Ya no lo hemos hecho ambos?

Misos. ¿Cuándo hice yo?

Agap. En este momento. Nuestra conversacion ha de ser el prospecto y va á pasar á la imprenta al pie de la letra.

Misos. U. quiere pasar por original y solo merece el epíteto de extravagante. Voyme pues. Agur señor alforjero; suscriptores y paciencia.

Agap. A Dios señor suscrito; piedad y justicia.

Sensibilidad.

No sabemos qué moral austérea, ó bárbara, diríamos mejor, inspiraba á ciertos filosofos que se han esforzado á despojar al hombre de toda sensibilidad. Cuéntase de ellos que cifraban su gloria en una independencia de todos los objetos exteriores tal, que no pudiese turbar su tranquilidad y reposo. Penas, plaeres, dolores del cuerpo, sentimientos, pasiones, todo, en su opinion, debia ceder á no sé qué perfecta igualdad de ánimo en que ponian la felicidad suprema.

¡Ciegos! la naturaleza del hombre querian perfeccionar, destruyendo en sus entrañas el instrumento mismo de su perfeccion ¡insensatos! se imaginaban hacer que sus vanas lecciones de felicidad prevaleciesen sobre la voz sabia é imperiosa de la naturaleza.

Porque si consultamos á esta, si nos internamos en nosotros mismos, veremos á la sensibilidad, *facultad natural*, componer en alguna manera el fondo de nuestro ser, asociarse á nuestros pensamientos, determinar nuestras acciones y animar toda nuestra vida.

¿Quien de nosotros no ha conocido la sensibilidad? quien no ha gustado sus deleytes? en qué grados, en qué diversas circunstancias no la hemos experimentado? Ya por un amigo, cuyas satisfacciones, cuya prosperidad han vertido en nuestra alma la copa del placer; ya por algun infeliz cuyas desdichas nos han sumerjido en el abatimiento. Aquí, la vista de una bella accion, de un movimiento jeneroso, de la virtud triunfante nos penetra de admiracion, nos enajena de gozo. Allí, solo con oír una injusticia, la noticia de un crimen, nos penetramos de indignacion, ó nos helamos de horror.

Pues todo esto, obra es de la sensibilidad; de aquel principio de nuestra existencia moral, que nos trasporta al vasto espectáculo del mundo, para hacernos actores secretos y tomar nuestra parte en las escenas que en él se representan.

Por ella dejamos, por decirlo así, el espacio estrecho en que estamos, la limitada esfera de sucesos que nos interesan, y el momento fugitivo en que vivimos, para espaciarnos por el universo, para confundir en alguna manera nuestra existencia con las criaturas sensibles de todas las rejiones y de todos los tiempos.

Esto es lo que distingue esencialmente al hombre de las demás criaturas; que todas cuantas moran en el ámbito de la tierra han recibido del criador mas ó menos de la sensibilidad animal que les hace acudir á su conservacion, buscar su bienestar y huir lo que puede dañarlos. Mas solo el hombre posee en eminente grado aquella esquisita sensibilidad que no tiene por objeto las necesidades corporales, sino las del ánimo; que dá á las facciones del humano semblante una expresion tan agraciada; que en sus ojos tiene tanto interés, tal eficacia; que se declara con las lágrimas en los vehementes afectos que nos señorean; lágrimas de ternura, lágrimas de simpatía, lágrimas de gozo, lágrimas de lástima, lágrimas de admiracion, lágrimas de dolor:.... aquella sensibilidad, en fin, que junta con la facultad de pensar, constituye todo el mérito de nuestro ser y la dignidad de la especie humana.

E. S. R.

SUCESO.

La mudanza feliz,

D. Felix Hurtado de Mendoza, jóven de cualidad y bastante rico, era del número de esos pretendidos epicureos, tan comunes hoy en la sociedad, que rebajándose al nivel de los brutos, no conocen otra satisfaccion, otros placeres que los deleites materiales, ni otros gozes que los que nacen de un corazón corrompido; la naturaleza, á pesar de esto, lo habia dotado de inclinaciones honestas y jenerosas. La costumbre de vivir en una ciudad pervertida, el trato con el gran mundo, relaciones estrechas con jentes del buen tono, toda clase de lazos peligrosos tendidos á la razon y á la virtud, lo habian precipitado en tales desarreglos, que parecia imposible su reforma: tan cierto es que la debilidad descarría y pierde la mayor parte de esas desdichadas victimas de las malas costumbres.

Afirme cuanto quiera la injeniosidad del espíritu filosófico que la virtud solamente produce la amistad; pero á pesar suyo tendremos la necesidad de ceder á la terrible conviccion de que tambien el vicio tiene sus amigos. Mendoza tenia uno que le era sumamente adicto: la dulzura de su trato, uno de los encantos de la amistad, habia formado esos nudos; pero es preciso convenir que este amigo, llamado d. Prudencio, se conducia por principios bien diferentes de los de d. Felix. Era un hombre virtuoso que esperándolo todo de una moderada induljencia, pues que la severidad destruye el feliz efecto de un sabio consejo, se lisonjaba que con ayuda del tiempo y de la perseverancia, apartaría del mal camino á un desgraciado joven viciado por todo cuanto le rodeaba. Mi amigo, le dijo un dia, no dudais que os amo entrañablemente; que me es grato todo lo que os concierne: estad seguro que desearía con todo mi corazón contribuir á vuestros placeres: es inutil añadir que no hablo de aquellos que diariamente os envilecen y que necesariamente tendrán para vos funestas consecuencias: hablo pues de aquellos placeres del alma, que son

los verdaderos, cuya posesion es tan dulce, cuya memoria es tan lisonjera....

—Y ¿cuales son esos *placeres del alma* que tanto ponderais?... Mi querido Prudencio, la metafísica os ha trastornado furiosamente la cabeza; todos esos bellos delirios de moral son agradables en los libros; creedme: es preciso volver siempre á la naturaleza....

—Esa misma naturaleza es la que pretendo armar contra vos. ¡Ah Mendoza! preguntad á vuestro corazón y decidme de buena fé lo que os responda: él os dirá, por ejemplo, que la piedad, la beneficencia, la dicha de enjugar las lagrimas de un desgraciado, de aliviar sus penas, de consolarlo siquiera, son satisfacciones deliciosas; no quiero por juez entre nosotros, sino á ese mismo Epicuro que se interpreta mal, y de quien me hablais con frecuencia: leed bien á ese fundador de una secta totalmente contraria al espíritu del maestro, y vereis que piensa lo mismo que yo. Os lo repito: vos no tenéis idea ninguna de esas puras sensaciones que son el verdadero goce del alma humana; yo os concedo que vuestros deleites tienen algun derecho sobre vuestra voluntad: pues bien; permitid que yo los multiplique y que estienda la esfera de vuestros placeres: ¿qué decís de mi propuesta?

D. Felix se sonrió:—Vamos mi querido filósofo, le dije, nunca está de mas la felicidad: consiento, pues, en aprovecharme de los placeres que me prometeis, mucho mas que de vuestros sermones; ya sabéis que soy positivista, y que no gusto sino las verdades palpables.

Una mañana muy temprano está d. Prudencio en casa de d. Felix: vestios prontamente, le dice, y servios acompañarme; vengo á cumplir mi promesa, y estoy seguro que contribuiré á vuestra felicidad. Ya veis que por complaceros me he encargado de un papel difícil de desempeñar.

—Y ¿adonde iremos querido Prudencio?

—Pienso que tengo merecida vuestra confianza: tenedla pues en mi amistad y marchemos.

Esta escena tenia lugar en un tiempo en que una carestía horrorosa diezaba la comarca, á pesar de la jenerosidad de algunas personas caritativas.

D. Prudencio se dirige á una callejuela estrecha, y se para á la puerta de una casuca que anunciaba ser el retrete de la pobreza. Dadme la mano, le dice á Mendoza, y seguidme. Suben al segundo piso y tocan una puerta: un niño de siete años, cubierto con los andrajos de la miseria, les abre, y dirijiéndose á d. Prudencio esclama alborozado, ¿sois vos, señor?

—Si amiguito, os traigo á uno de mis amigos, hombre estimable, que seguramente os hará algun servicio.

Tres niños que se disputaban un mendrugo de pan sacado de entre las inmundicias, otro mas pequeñito que pedia en vano algunas gotas de leche á un seno enjuto, estaba, lo mismo que su madre, á punto de espirar á la violencia de la necesidad. Una especie de cadaver viviente tendido sobre cuatro zaleas y sin mas cubierta que una frazada miserable, esclamaba con voz casi moribunda. ¡Oh, Dios mio! ya que permitís que muera de hambre... yo me someto á vuestra soberana voluntad....pero hacedme la gracia de que mis pobres hijos....mi pobre mujer....tengan un pedazo de pan!.... A este espectáculo queda Mendoza inmóvil, desconcertado; lleno de horror y de angustia, enmudece por algunos instantes; pero á pocos

momentos, siente renacer, ó mas bien desenr- darse esa sensacion, esa sensacion deliciosa de la piedad, impresa en todos los corazones, y que solamente los afectos desordenados habian podido sofocar en el suyo: arrojandose repentinamente en los brazos de su amigo.

Cruel hombre!... grita fuera de sí, me habeis despedazado el corazon!... y sin esperar respuesta saca precipitadamente todo el dinero que llevaba y corriendo á darlo al infeliz que gemia sobre el lecho.... Dignaos.... le dice, dignaos recibir este debil servicio: pronto nos veremos otra vez. El enfermo dirijiendose á su mujer:— ven, le dice, levántame! has que pueda yo abrazar las rodillas de nuestro jeneroso benefactor! Hace un esfuerzo y se arroja, juntamente con su familia, á los pies de d. Felix esclamando entre sollozos—Ah señor! despues de Dios, vos sois nuestro padre, nuestro sostén! Vivid seguro de que yo y cuantos véis aquí, os bendeciremos hasta el último suspiro.... Mendoza los levanta, los abraza; mezcla con su amigo sus lágrimas á las de estos desventurados y al fin se retira.

He bien! le dice d. Prudencio á su amigo que volvía taciturno y melancólico, ¿os habia engañado? creo que os he cumplido mi palabra: no habeis gustado un placer?... Vos sois el salvador de toda una familia.

—Ah mi amigo! ¡mi querido amigo! cuantos agradecimientos no os debo! ¡Si, esta emocion que siento es desgarradora y deliciosa á la vez! mi alma reboza de ella!... Si, es muy dulce aliviar el infortunio! ¡Desgraciados!... desgraciados! ellos iban á perecer.

—Y vos los habeis hecho revivir, replicó d. Prudencio; embriagaos pues de vuestra dicha! ¿puede haberla mas pura? esta es sobre la tierra una felicidad celestial! ¿pueden compararse con ella esos deleytes brutales, ni esa horrible ventaja de comprar la pérdida de la inocencia, ni la deshonra de una pobre joven que tarde ó temprano maldice de su seductor?

Mendoza no responde sino con esas lágrimas dulces que hace correr la sensibilidad—No soy capaz, dijo por fin, de explicar todo lo que siento! no, jamas esos placeres tan ponderados me han hecho gustar esta deliciosa embriaguez!

Despues de una tan feliz trasformacion, se abandonó enteramente d. Felix al virtuoso d. Prudencio; en una palabra, no dejó pasar un solo dia, que no volviese á su casa sin haber hecho un sin número de beneficios. No se contentó con estas pruebas de una mudanza inesperada: no basta, le dijo á su amigo, que me hayais vuelto, sensible, benéfico, humano: sino que todavia me habeis hecho conocer que no hay verdaderos deleytes fuera de los que aprueba la virtud.... Buen amigo! yo os debo una alma nueva, ó mas bien, vos me habeis hecho encontrar la que habia recibido del Ser supremo. Teniais razon Prudencio: no hay placeres sino los que me habeis hecho gustar, y yo os probaré que estoy lleno de esta verdad.

D. Felix se complace en repetir todos los dias que el sabio d. Prudencio lo ha instruido en el cumplimiento de sus deberes: estos son el ejercicio de las virtudes y sobre todo el de la beneficencia; por ella se merece el aprecio de la sociedad, se cumple con la deuda del ciudadano, se disfruta la única satisfaccion de la vida; finalmente; aquel que *hace mas bienes*, es, sin disputa, el hombre que tiene mas derechos á nuestra estimacion y á nuestros respetos.

REMITIDO.

Aviso.

Se ha aparecido en esta ciudad d. Jacobo Pino, marido de una sobrina mia, hija sacrilega de mi finado hermano el cura Lagos, á sorprenderme con la empresa de buscar un comprador para mi hacienda Rumi-burcuna, que es de mi exclusiva propiedad como comprada en enfiteusis, y por tres vidas, al convento de santo Domingo por mi difunto padre don Alejandro Lagos; el cual cedió á mi marido don Manuel Pacheco la que le correspondia, y este, no contento con tal cesion pidió otra nueva á los padres de dicho convento, que se la otorgaron aprobando, á mayor abundamiento, la primera. Estos instrumentos, ó el testimonio de ellos, pignoré en poder de mi hermano por la cantidad de quinientos pesos con condicion verbal de que se hiciese pago de esta cantidad con los productos de la misma finca. En efecto mi hermano corrió con la hacienda siete años y los ciento ochenta pesos anuales que debió pagar ascendían á 1260 pesos, cantidad superior á la deuda de 500 pesos. La hacienda no debe pues nada á sus hijos sacrilegos; y el testamento que conservan estos es nulo, porque la firma del testador está suplantada por mi habil sobrino que sabia imitar perfectamente la del difunto. Los testimonios ó papeles los han ocultado sin querer entregarmelos, para con ellos acreditar que son dueños. Sepa pues el comprador, sea quien fuere, que esa hacienda no se puede vender porque los pretendidos vendedores no tienen derecho alguno; en prueba de lo cual aseguro que no presentarán escritura de venta, traspaso ni un papel simple de compromiso, que yo le hubiese hecho á mi finado hermano d. Francisco Lagos. Yo tengo un nieto legítimo; con derecho para sucederme segun ley, al paso que carecen de accion los hijos sacrilegos de mi hermano, á quienes niegan las leyes todo amparo; por lo cual, aunque la finca hubiese pertenecido á mi hermano, ella corresponderia ahora por ministerio de la ley á su hermana legítima

Melchora Lagos.

Se advierte:

Que las personas que quieran favorecernos suscribiéndose á este periódico, lo pueden hacer en la botica de Don Juan Ceballos ó en esta imprenta.

Imprenta de Dos amigos,

POR BRAULIO CARDENAS.